

LAS JOTAS

Aragonesa y Navarra

a orillas

DEL EBRO, ARGA,

HECA Y ARAGÓN



Cuadros de
costumbres

POR EL

Coronel de Ingenieros

D. Honorato de Saleta



ZARAGOZA

Imp. del HERALDO DE ARAGÓN

1898

Escenas Ribereñas

HESPERIA

LIBROS HISPANICOS
PLAZA LOS SITIOS, 19
ZARAGOZA



ESCENAS RIBEREÑAS

ESCENAS RIBEREÑAS

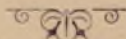
LAS JOTAS ARAGONESA Y NAVARRA
A ORILLAS DEL EBRO, ARGA, EGA Y ARAGÓN

Cuadros de costumbres
opiados durante la guerra de 1873 a 1876

POR EL CORONEL DE INGENIEROS

D. HONORATO DE SALETA

*declarado dos veces benemérito de la Patria
por las Cortes del Reino; Académico de número de la Real
de Nobles y Bellas Artes de San Luis de Zaragoza;
Correspondiente de las Reales Academias de la Historia
y de Buenas Letras de Barcelona;
Comendador de las Ordenes de Carlos III e Isabel la Católica;
Caballero, Cruz y Placa, de la Real y militar Orden
de San Hermenegildo;
Condecorado con cinco cruces de 1.^a y 2.^a clase del Mérito
militar, por servicios especiales y acciones de guerra,
y con las Medallas de Bilbao, Guerra civil
y Alfonso XII; premiado por los Jurados de las ciudades
de Zaragoza y Barcelona en Certámenes literarios
y Exposiciones Universal y Regionales;
Presidente de las Escuelas Católicas de Obreros de Zaragoza
en 1885 á 1889.*



ZARAGOZA
Imp. del HERALDO DE ARAGÓN
1898

A mi ilustrísimo y respetable amigo el señor

DON JOSÉ MARIA DE PEREDA

de la Real Academia Española

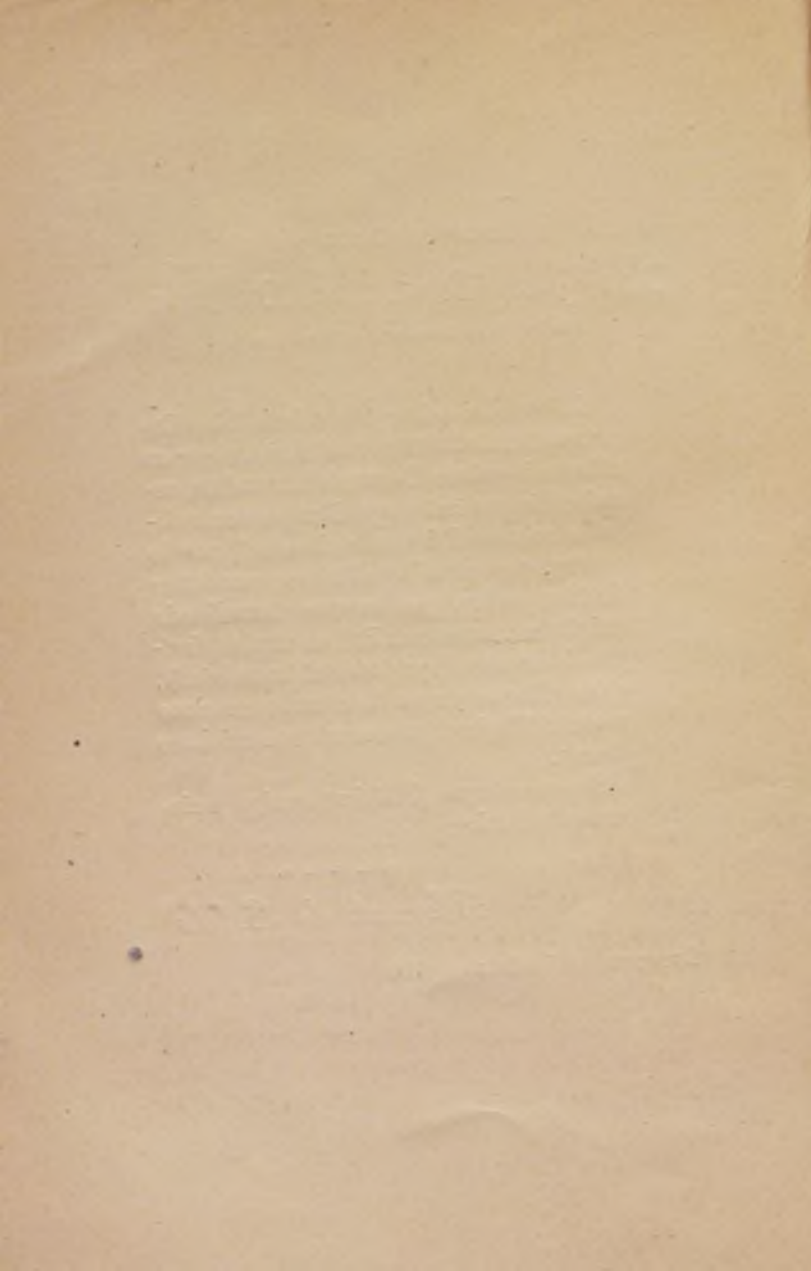
Leí y volví á leer sus admirables Escenas montaÑesas; traté de inspirar en ellas mis pobres Escenas ribereñas, resultando que entre aquellas y estas existe la misma diferencia de nivel, por lo menos, que entre las altísimas montañas de Santander, que se van sucediendo mágicamente en sus Peñas arriba (origen de nuestra inquebrantable amistad), y las riberas cuyos habitantes en vano procuré dibujar ligeramente con mi dura pluma.

Siempre suyo afectísimo amigo y sincero admirador

Q. L. B. L. M.

Honorato de Saleta

Zaragoza 17 Noviembre 1898



La guerra de 1873 á 1876 en el Norte de España

Comenzaba el año de 1873.

Al salir de la recepción oficial del día de Reyes, en el Real Palacio de Madrid, recibí la orden de partir con mi compañía y batallón para el ejército de operaciones del Norte, formando parte del Cuartel General del general en Jefe D. Domingo Moriones y Murillo, primer Marqués de Oroquieta, muy conocedor de Navarra, su país, y considerado como el caudillo más experto para sofocar el imponente levantamiento de los carlistas en las postrimerías del efímero reinado de D. Amadeo I de Saboya, el caballeroso monarca que no quería serlo únicamente de sus 171 electores.

Desde el Cuartel de la Montaña del Príncipe Pío fuimos á la próxima estación del Norte, donde fué preciso vencer las serias dificultades de la huelga de los maquinistas,

pudiendo salir al día siguiente para Miranda de Ebro, cuyos aires, sanos y robustos, mataron la anemia que me consumía en la Corte y sentí correr por mis venas la sangre que años antes me obligó á seguir la carrera militar, con todos sus previstos inconvenientes, arrollados por el entusiasmo que me había producido la llegada á España del ejército vencedor en la gloriosa campaña de Africa, magistralmente dirigida por el Capitán General y Presidente del Consejo de Ministros de la Reina D^a Isabel II, el inolvidable *Gran Cristiano* D. Leopoldo O'Donnell y Ioris, primer Duque de Tetuán.

Desde Miranda seguimos en tren agua abajo del Ebro hasta Logroño, donde pernoctamos, á fin de que nuestro General en Jefe tributara el correspondiente homenaje de respeto al Capitán General D. Baldomero Fernández y Espartero, Duque de la Victoria y de Morella, conde de Luchana y Príncipe de Vergara, cuya experiencia supo aprovechar en algunas ocasiones muy comprometidas el inteligente General Moriones, según escuché de labios del difunto Duque.

Al amanecer del día siguiente fuimos á Estella por Torres, Sansól y Loñ Arcos, dedicándonos en aquella ciudad navarra á la rápida instrucción de los reclutas del último reemplazo y saliendo para Puente la

Reina, en cuya casa del *Patrimonial*, ó de los Sres. de Azcona, recibí la orden de marchar con dos compañías de Ingenieros y una sección de Numancia para Cirauqui, Biurun-Campanas, El Carrascal, Barasoain y Garinoain, El Pueyo, Tafalla, Caparroso, Villafranca de Navarra y Milagro, con el objeto de fortificar las estaciones de la vía férrea desde Castejón á Noain, asegurando las comunicaciones con Pamplona por medio de mi pequeña columna, situada en Barasoain y en combinación con los Húsares de Pavía, mandados por su Coronel Sotto de Clonard.

El 9 de Marzo, al tropezar con las fuerzas carlistas, mandadas por su titulado general D. Antonio Dorregaray, pude providencialmente salvar el honor y las vidas de los 42 Ingenieros de mi compañía que acababan de fortificar la estación de Biurun-Campanas, resistiendo las repetidas intimaciones de aquel caudillo en la Abadía de Muruarte de Reta, apoyado por mi teniente D. Sixto Mario Soto en la Casa Blanca y por la nobleza y grandeza española del joven Marqués de Valle-cerrato, quien supo convertir la animosidad del enemigo en instantánea y bien arraigada amistad, que los años han hecho crecer y desarrollarse de la manera que no pueden concebir las pequeñas almas yanquis.

Relevado el nuevo General en Jefe don Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque, por el Teniente General D. Ramón de Nouvilas, después de *impuesta* la República federal con todos sus reyezuelos, en sustitución de un Rey extranjero, recorrimos las Amezcuas, llegando hasta Contrasta; y volviendo á salir de Pamplona, volando puentes, para el Baztán y Guipúzcoa, hasta que nos quedamos á las órdenes del General Alvarez Maldonado y Coronel Saenz de Tejada para fortificar á Elizondo, Santesteban y Sumbilla contra el famoso Cura Santa Cruz, resistiendo desde el barrio de Elbetéa á D. Carlos, que pretendía entrar en Elizondo.

Obligados á obedecer la orden del Presidente de la República D. Nicolás Salmerón de abandonar el Baztán á los Carlistas, después de tantos días de trabajos y fatigas, marchas forzadas y tiroteos en Peña-plata y Zugarramurdi, regresamos otra vez á Pamplona y Tafalla para formar parte de la división de la Ribera, constituyéndose á mis órdenes un batallón de la brigada Saenz de Tejada, con tres Compañías de Ingenieros y otras tres de San Quintín, á fin de proteger las baterías Krupp en las acciones de Allo, Dicastillo y Arellano, dirigidas por el Brigadier Villapadierna y por el Capitán General de Aragón D. José de

Santa Pau; con quien fuimos después á Tolosa para facilitar la defensa de esta plaza por el bizarro Brigadier Loma, á mediados de Septiembre.

Combatiendo en los montes de Choritoquieta, logramós ir por Alsásua á Vitoria, donde volvió á tomar el mando en Jefe el General Moriones, saliendo en seguida por la llanada de Alava, y recorriendo nuevamente el país guipuzcoano y navarro hasta encontrar al enemigo en Puente la Reina, Cirauqui, ermita de Santa Bárbara de Mañeru y montes de Guirguillano el 6 de Octubre; en Luquín, Barbarín y Montejurra en los días 7, 8 y 9 de Noviembre.

Construyendo puentes de circunstancias en Andosilla y habilitando el importante puente de piedra de Lerín, á las órdenes del General D. Fernando Primo de Rivera, pasamos la Noche-Buena con mucho frío en el cuerpo y en el alma, no sólo por lo bajo de la temperatura, propia del mes de Diciembre en el Norte, sino también por la frialdad ocasionada por la falta absoluta de fe y entusiasmo militar en aquellas circunstancias tan poco honrosas para el titulado gobierno español, lanzado del poder por el General Pavía el 3 de Enero de 1874.

Llamados por el General Moriones, salimos de Lerín para Bóo (Santander) y tendimos el puente Birago en las rías de Guriezo

y Somorrostro, tomando parte en las reñidas y sangrientas acciones de Montañó, San Pedro de Abanto y demás combates que dieron por resultado la entrada del ejército en Bilbao el 2 de Mayo, después de haber tenido que ceder el mando en jefe el General Moriones al duque de la Torre y por éste, Presidente del Poder Ejecutivo, al veterano y experimentado Marqués del Duero, cuyo bien calculado movimiento envolvente por Muñecas-Galdamés obligó al abandono de las perfectamente trazadas y defendidas trincheras carlistas.

Mientras el vencedor^o de Somorrostro moría gloriosamente en Montemuro y Abarzuza, continuaba con mi compañía de Pontoneros en Bilbao, á las órdenes de su ilustre Gobernador militar D. Ignacio Maria de Castillo y Gil de la Torre, con el objeto de contribuir á la construcción de más seguras defensas de la invicta Villa, hasta que el nuevo General en Jefe D. Juan de Zavala, Marqués de Sierra Bulloanes, nos llamó á Logroño y Cenicero para la recuperación de la plaza de La Guardia, en la Rioja Alavesa; cuya empresa llevó á cabo su sucesor D. Manuel de la Serna, Marqués de Irún, continuando nosotros con tres unidades del puente Birago entre Cenicero y El Ciego para mantener las comunicaciones del Cuartel General con dicha plaza alavesa,

mediante continuos riesgos y fatigas en nuestras luchas con las crecidas del Ebro, muy fuertes en el invierno de 1874 á 1875.

La restauración del joven Rey D. Alfonso XII permitió lograr el levantamiento del bloqueo de Pamplona y el aumento del Ejército del Norte, reforzado considerablemente con el del Centro y Cataluña, formándose los Ejércitos de la Derecha y de la Izquierda, á las órdenes de los respectivos Generales en Jefe D. Arsénio Martínez Campos y D. Jenaro de Quesada, Marqués de Miravalles.

Destinado con la primera sección de pontoneros de montaña al Ejército de la Derecha, salí de Tafalla con el tren de puentes Terrér para Pamplona, donde quedé afecto al Cuartel General, bajo las inmediatas órdenes del Comandante en jefe del primer Cuerpo de Ejército D. Ramón Blanco y Erenas, durante la victoriosa expedición por Eugui y Zubiri al Baztan, Vera, Alto del Centinela, Peña-plata, Palomeras de Echalar y Endarlaza, habiendo tendido el puente Terrér sobre el Bidasoa, á fin de unir á los dos Ejércitos de la Derecha é Izquierda, puestos bajo el mando supremo del Monarca en Hernani y San Sebastián.

Durante la última marcha á Pamplona, se presentaron en Berástegui gran número de batallones y tercios carlistas; lo cual

dió lugar á que se cantase un solemne *Te Deum* en la hermosa Catedral de la antigua Corte de los Reyes de Navarra, como último y fausto suceso de la guerra que habia hecho verter tanta sangre de hermanos, igualmente bravos y tenaces.

La rápida relación de la campaña que presencié desde Enero de 1873 á Marzo de 1876, demuestra que tuve repetidas ocasiones de conocer las costumbres de los habitantes que pueblan las orillas del Ebro, Arga, Ega y Aragón, y apreciar sus bizarras cualidades, perfectamente compendiadas en la *Jota*, canto tan sentido como valiente, tan enérgico como sentimental, digno á la vez de contestar á las bombas lanzadas por los franceses de Napoleón I en los sitios inmortales de Zaragoza y de expresar el amor en todos sus grados, desde la más delicada ternura hasta la más celosa violencia, que exalta el corazón y oscurece el entendimiento, haciéndolo esclavo de la pasión, si el recuerdo de la Virgen del Pilar no devuelve al enamorado la paz del alma, contenido por el dulce freno de la Religión Cristiana que recibimos con la leche de nuestras madres.

El Trompeta Juan Pérez

I

Era una excepción honrosa en su clase.

Así como hay personajes que merecen el nombre de trompetas, Juan Pérez era un trompeta que merecía ser personaje.

Su ejemplar formalidad en su vida pública y privada, así en todos los actos del servicio militar, como en sus actos más familiares; sus medidas económicas para llegar al ahorro, precursor de futuras riquezas, no imposibles de adquirir donde tanto abundan los imprevisores y perezosos; sus levantadas aspiraciones á constituir una familia honrada y laboriosa, le hicieron digno de la estimación de sus superiores y de los patrones y patronas de las casas donde estuvo alojado.

Además Juan Pérez tenía su alma en su almarío.

Véase la prueba. Hallándome con él y otros dos soldados de mi Compañía en la casa rectoral de Biurrún, departiendo amistosamente con el digno párroco D. Genaro Acero, actual beneficiado del Pilar de Zaragoza, llegó un aviso urgente, al oscurecer del día 8 de Marzo de 1873, de hallarse 1.300 carlistas, mandados por su organizador Doregaray, en la próxima villa de Artajona, los cuales podían atacar el destacamento de carabineros de la estación de Biurrún-Campanas, que estaba fortificándose por una sección de mi Compañía. Era indispensable salvar inmediatamente la distancia comprendida entre Biurrún y la estación de la vía férrea. Tomé mis medidas de acuerdo con el leal é inteligente párroco; monté en un mulo que facilitó el Alcalde al Cura; y echamos á andar entre la oscuridad de la noche, dispuestos á llegar como pudiéramos, aunque tropezáramos con una parte considerable del enemigo, valiéndonos de todos los ardidés propios de la guerra. En medio del silencio de la noche, oímos pasos de muchas personas; comencé á dar voces de mando como si tuviera á mis órdenes un batallón; y el sereno é intrépido Juan Pérez, con su Berdan y su corneta (convertida en clarín cuando se nos transformó en

Regimiento Montado de Pontoneros), se lanzó á un alto próximo al camino para largar por su boca toda clase de toques guerreros, desde el de diana al de ataque y degüello. Asustado el supuesto enemigo, cuyo número ignorábamos, dió voces de auxilio, resultando que era una cuadrilla de albañiles y peones que acudían de varias cendeas á la casa del cura de Biurun, que los había llamado para que trabajasen en las obras de defensa de la estación, reclamados por mí. Fraternalizamos con ellos; echamos unos tragos de vino y aguardiente, con puros y pitillos, obsequiando en particular al trompeta Juan Pérez, cuya figura se erguía como una estatua en el alto, muy satisfecho de la ovación que se le tributaba; y llegamos sin novedad á la estación, ansiosamente esperados por el teniente Ruiz y sus 25 carabineros, que nos creían prisioneros de Dorregaray.

Pocas horas después, Juan Pérez ganó en Muruarte de Reta, con sus 41 compañeros, el sobrenombre de *Caballero de Muru*, otorgado por los carlistas y ratificado por los liberales. Solo el titulado gobierno de aquella época desdichada, y otros desgobiernos que le sucedieron, miraron con glacial indiferencia la conducta ejemplar de los que no quisieron pronunciarse, ni rendirse jamás, tributando el homenaje debido al ver-

dadero honor militar, que no se cimenta en recompensas, ni en ventajas materiales, aun cuando no es posible sostenerlo sin estímulo é irritantes injusticias, cuyas gravísimas consecuencias se tocan, tarde ó temprano, á costa de justos y pecadores, sin que estos tengan el derecho de quejarse.

II

Cuando tuvimos que permanecer por espacio de nueve meses en Cenicero, á fin de mantener las comunicaciones del cuartel General con la plaza alavesa de La Guardia, tendiendo y replegando el puente militar Birago, ó empleando los botes cuando la violencia de las crecidas del Ebro no permitía el empleo del puente de pontones, el trompeta Juan Pérez tenía que prescindir de su clarín para ayudar á las fatigosas faenas de sus compañeros, poniendo todos en peligro sus vidas para el mejor cumplimiento de su deber, no muy apreciado por altos personajes que ignoraban por completo el *Manual del Pontonero*, debido á la experiencia de los jefes del Cuerpo de Ingenieros, ya difuntos, D. Juan Modet y don

Carlos Ibáñez é Ibañez de Ibero, Marqués de Mulhacen. Justo es hacer la debida justicia al actual Capitán general de Ejército D. Ramón Blanco y Erenas, Marqués de Peñaplata; quien, en el puente militar tendido sobre el Bidasoa, demostró conocer toda la importancia de los pontoneros en campaña, abarcando con su notable inteligencia el conjunto y los detalles de la operación rápidamente ejecutada ante el enemigo y á la vista de varios extranjeros que aplaudieron con entusiasmo las maniobras practicas con éxito y soltura.

En una de las referidas crecidas del Ebro, fué preciso tender un fuerte fiador desde la orilla castellana á la alavesa, con objeto de trasladar á La Guardia las provisiones que eran precisas para los defensores de la plaza, valiéndonos de un puente volante formado de dos piezas de pontón que corrían con trincas á lo largo del fiador. En el primer viaje vimos los capitanes de las dos compañías (3.^a y 4.^a) que el impetu de la corriente podría impresionar á nuestros soldados, por lo cual nos creimos en el deber de embarcarnos con el provisionista y los pontoneros más indispensables. Cuando nos hallábamos en el sitio de mayor profundidad, la violencia del agua rompió todas las trincas menos una, cayendo al río los pontoneros, arrastrados tres de ellos instantá-

neamente hacia una presa inmediata, donde hubieran perecido sin el auxilio del bote salva-vidas, magistralmente dirigido por el bizarro y sereno sargento Zancajo; la popa del pontón quedó inundada y la proa colgada débilmente del fiador, lo mismo que el contratista y ambos capitanes, colocados de pié sobre las bordas; el cuarto pontonero, agarrado á la popa, como quien, al ahogarse, se agarra á un clavo ardiendo, hasta que los capitanes le depositamos como un muerto en el fondo del pontón, volviendo al fiador sin lograr que corriera la trineca ni un milímetro, á pesar de nuestros desesperados esfuerzos, hasta que el capitán D. Manuel Otín y Mesía de la Cerda, mi peritísimo compañero, clamó con un supremo grito á la Virgen Santísima del Pilar y nos vimos de repente, y sin saber cómo, en los brazos de los soldados de la guardia de la orilla izquierda, que tampoco sabían explicarse nuestra milagrosa llegada y la del pobre pontonero que yacía sin sentido en el fondo del pontón, volviendo en sí á fuerza de fricciones y quedando después inútil por loco á causa de la fuerte impresión producida en su alma (1). Cuando volvimos á cruzar el

(1) El pontonero Romualdo Cuenca, inutilizado en la referida crecida del Ebro, obtuvo una licencia y la cruz pensionada mediante la recta justicia

rio en el bote salva-vidas, admirablemente dirigido por el mismo Capitán Otin (fallecido años después en Vitoria), todo el pueblo de Cenicero llenaba la orilla derecha, abriéndonos los brazos con el mayor cariño y mirando con rencor á cierto personaje que había acudido al mismo sitio *para presenciar la muerte de dos capitanes de Ingenieros*. Ya murió también y pido á Dios le haya perdonado.

III

Era la noche de un domingo.

Todos los mozos y mozas del pueblo de Cenicero se hallaban bailando alegremente

del Excmo. Sr. General en Jefe Marqués de Miravalles y de su dignísimo Jefe de E. M. G. D. Tomás O'Ryan y Vazquez, antiguo y celoso ayudante en el único Regimiento de Ingenieros, capitán de Pontoneros en las famosas Escuelas Prácticas del Real Sitio de Aranjuez, comisionado en la guerra de Crimea y ascendido á brigadier en la gloriosa campaña de Africa, siendo teniente coronel de Ingenieros. Conocidos son los méritos y servicios del general O'Ryan como director de estudios de Su Alteza Real el Príncipe de Asturias D. Alfonso, como jefe del cuarto militar de S. M. el Rey D. Alfonso XII y como Ministro de la Guerra; hallándose actualmente en la sección de reserva del E. M. G., siempre fuerte, animoso y amante del trabajo.

la jota en un salón situado cerca de la plaza de la villa.

Mientras los pontoneros compartieron con sus amigos del pueblo las delicias del baile, no se promovió el menor disgusto, repartiéndose las más tiernas miradas de las mozas entre militares y paisanos; pero llegó un grupo de soldados pertenecientes á una brigada que se alojaba por primera vez en Cenicero, sin conocer las costumbres de sus habitantes y suponiendo malamente que todos eran carlistas y dignos de ser tratados como enemigos.

Armóse la gorda al ver que los de la brigada se las echaban de Tenorios y conquistadores, queriendo obligar á las mozas á bailar exclusivamente con ellos. Salieron de las vainas machetes y bayonetas, apoyados aquellos por navajas. Las mujeres se hicieron las asustadizas en un rincón, aunque se comían con sus hermosos ojazos á sus bravos defensores; tuvimos que intervenir los jefes y oficiales para evitar que corriera la sangre; continuó el baile con risas de conejo y sin armas; sonaron las guitarras y vihuelas; el valor convirtiéndose en el canto atrevido de coplas expresivas; las mozas vengaron con miradas iracundas y desdenes estudiados las anteriores violencias de unos y recompensaron con otras miradas tiernas y con graciosos ademanes, en los

que hasta los piés hablaban, la defensa de otros; siguió el jolgorio sin escándalo y mi trompeta Juan Pérez hallóse, de la noche á la mañana, novio formal de una joven viudita, dueña de un comercio acreditado, casándose al terminar la guerra y viendo realizados sus sueños dorados.

Es posible que haya sido elegido Alcalde primero de Cenicero. Otros peores lo fueron de grandes villas y ciudades del Reino.

El Cura de Sumbilla

I

—¡Ya apareció el famoso cañón de *Barba-azul!*—decían los soldados y voluntarios liberales cuando corrieron voces de que el Cura Santa Cruz disponía de un cañón para atacar las débiles é imprevisoras obras defendidas por los destacamentos de Guipúzcoa y Navarra.

Pero es el caso que las risas se convirtieron en lágrimas al saber las mujeres de los carabineros de Enderlaza que el cura Santa Cruz había destruido con su cañón los muros del pequeño fuerte construido en el importantísimo puente sobre el río Bidasoa y fusilado á sus maridos. El Gobierno (!) de Madrid se había figurado, sin duda, que los carlistas jamás poseerian artillería (como

si no la hubiesen poseído en la guerra de los siete años, tantas veces olvidada) y simplemente *por economía (!!!)*, había dispuesto la construcción de fortines contra fusilería. Claro es que, de exigirse responsabilidades, debieron haber sido fusilados aquellos ministros, en lugar de los carabineros.

Lo cierto es que la alarma producida por los fusilamientos de Enderlaza, motivaron que el dignísimo Coronel D. José Saenz de Tejada (otra de las víctimas inocentes de la isla de Cuba) ordenase mi presentación inmediata en Sumbilla, con el objeto de construir un fuerte sobre el Bidasoa capaz de ser defendido con éxito por las dos compañías de Luchana que, con otras dos de Ingenieros y cinco caballos de Numancia, quedaron bajo mis órdenes. Trazóse el fuerte, dándole el nombre de Santa Cruz, por su forma de cruz griega; cimentóse en breves días y construyéronse rápidamente sus muros de gran espesor, aprovechando los magníficos sillares de un palacio próximo y arruinado.

Mientras tanto, era preciso sostener una vigilancia exquisita, de día y aun más de noche, en virtud de la seguridad que me dió una joven vendedora de cerezas de que la gente del Cura Santa Cruz estaba disponiendo una sorpresa nocturna en día no lejano.

Vinieron por lana y salieron trasquilados, aunque con propósito firme de repetir el ataque.

Con este motivo, traté de conocer la respetable opinión del virtuoso Cura párroco de Sumbilla, antiguo auditor de D. Carlos de Borbón y de Braganza en la guerra de los siete años.

Para alcanzar mi objeto, aproveché la víspera de la festividad del *Corpus Christi*, presentándome en Casa del Sr. Cura y ofreciéndole toda la fuerza de mi mando, á fin de dar más esplendor á la función religiosa en la iglesia parroquial y procesión á un Santuario algo distante del pueblo, donde se dejaba depositado el Santísimo en la octava.

Claro es que para obrar así, tuve que prescindir en absoluto de la diversa opinión de algunos de mis subordinados y de los *liberales* (así llamados) que se figuraban que la libertad era la sujeción del propio criterio á las preocupaciones liberticidas de aquella época licenciosa, durante la cual era carlista todo cristiano católico que amaba á Dios y respetaba á sus dignos ministros. Así salía ello, como consecuencia lógica de tales desatinos y estúpidas tiranías. En tales circunstancias, cualquier voluntario de la libertad alcanzaba más propaganda carlista que todos los diputados de D. Carlos.

¡Oh! El exceso de celo! Dios nos libre de tales auxiliares.

II

La casa del Sr. Cura de Sumbilla era muy respetada por el vecindario. El virtuoso sacerdote vivía solo con una respetable hermana suya, muy devota del Santísimo; así es que tan luego se enteró de mis propósitos, exclamó con el más sincero entusiasmo: —¡Ay, Dios mío! Jamás se vió hasta ahora en este pueblo un esplendor semejante. Mira, hermano, qué hermoso será, y grato á Dios, ver tendidas las tropas de Infantería ó Ingenieros por las calles, además de los cinco batidores de Numancia delante de la procesión y el piquete detrás, mandado por el mismo señor Capitán. Todos los vecinos y vecinas concurriremos; se colgarán los balcones y ventanas; la Custodia brillará con los rayos del sol y todo será alegría y gozo en Sumbilla y sus alrededores. ¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar!

—Bien, muy bien, hermana; pero justo es manifestar nuestra gratitud al señor Capitán, obsequiándole con nuestra pobreza y buena voluntad.

—Tienes mucha razón, replicó la buena señora. Y, acto continuo, ví cubierta la mesa de botellas con vino generoso, anisado y Hendaya de varios colores, rosquillas y bizcochos, ofrecido todo con una amabilidad que encantaba, demostrando claramente que, en aquella santa casa, Dios estaba cien millones de codos por encima de D. Carlos y todos sus sucesores.

Y así me lo probó el Sr. Cura en su discretísima conversación, al elogiar la piedad de la ex-Reina D.^a Isabel II y las sobresalientes cualidades de la Infanta Condesa Viuda de Girgenti, lamentando profundamente las consecuencias tristísimas de la Revolución de Septiembre de 1868 y la aparente resurrección del partido carlista en armas, para equilibrar el peso del ateísmo y masonismo, las dos grandes plagas que estaban desangrando á España y Ultramar, cuya pérdida preveía el anciano y docto párroco.

Amaneció, alegre y sonriente, el día del Santísimo *Corpus Christi*. Un sol espléndido, los cantos de los ruiseñores en las arboledas, el movimiento de los vecinos y de las tropas, vestidas de gala, el volteo de las campanas, las enramadas en las calles, las vistosas colgaduras en los balcones y ventanas, todo anunciaba que la España Católica y gloriosa en los fastos de la Historia,

se hallaba dignamente representada por el pueblo de Sumbilla, á pesar de todo linaje de sectarios, que habian encendido las guerras de la Península y de Cuba en pleno desgobierno federal de 1873.

Terminados los divinos oficios en la Iglesia parroquial, reforzado el coro con varios soldados de mi Compañía que sabían latín y teología, por haber seguido varios cursos en Seminarios, y otro que sabía tocar el órgano, salió la concurridísima procesión para el Santuario, precedida de los 5 de Numancia á caballo y seguida de toda mi compañía como piquete de honor, mandado por mí y un teniente, que es ahora uno de los más distinguidos jefes del Cuerpo (D. José de Castro y Zea).

Llegamos con toda solemnidad al Santuario, presentando y rindiendo armas las compañías de Luchana y la segunda de Ingenieros, así como los carlistas que ocupaban los altos de un desfiladero muy apropiado para cogernos como en una ratonera; y por tan expuesto sitio volvimos poco después con los sacerdotes y las mujeres, sin que se observase el menor sintoma de guerra.

Desde aquel dia, pudimos seguir tranquilamente las obras del fuerte Santa Cruz y guardar el paso del puente, asegurando las comunicaciones por Yanci y Echalar.

Es que se trataba de una guerra religiosa

y no de una guerra civil en el Norte de España, aunque creyeran otra cosa muy distinta los *sabios* libre-pensadores de Madrid.

La venida del Nuncio de Su Santidad, después de la restauración de D. Alfonso XII, abrió los ojos á muchos ciegos.

El alcalde de Santesteban

I

Durante la primavera y parte del verano de 1873, la columna del coronel D. José Saenz de Tejada estuvo recorriendo los hermosos valles de Baztan y Cinco Villas de Navarra, con el objeto de proteger los trabajos de fortificación que estábamos ejecutando las compañías de Ingenieros en Elizondo, Santesteban y Sumbilla, habiendo logrado impedir la entrada de D. Carlos en la capital del Baztan, cuyos laboriosos y leales habitantes, dignos de ostentar en todas sus moradas el escudo ajedrezado, privilegio nobiliario ganado en los repetidos ataques y defensas contra los franceses durante el transcurso de los siglos, nos dieron señaladas pruebas de nobleza y estimación.

En una de las muchas excursiones que hice con mi respetable y valiente coronel S. de Tejada, alojáronme en la casa del alcalde de Santesteban, después de haber almorzado opípara y económicamente en la famosa venta de Mugaire, situada en el punto de unión de los deliciosos caminos que conducen á Irurita y á las Cinco Villas, frente al frondoso parque que rodea el palacio de Bertiz, propiedad de los Marqueses de Besolla, cuyo digno administrador don Fermín Roncal había sido víctima de brutal atropello, ocasionado por ciertos titulados *liberales* (!), justa y rectamente menospreciados por el jefe de la columna, tan querido y respetado por sus subordinados como por los baztaneses.

Lograda la libertad de mi distinguido amigo D. Fermín Roncal, eché largo y sabroso párrafo con el Alcalde, persona de recto criterio y de cristianos sentimientos, que le indujeron á preguntarme si el Coronel pensaba perseguir á los carlistas por el camino de Yanci. Al insinuarle la posibilidad de que así sucediera, díjome resueltamente:

—Es preciso evitar el derramamiento de sangre. Ustedes no conocen ese camino y las tristes consecuencias de una sorpresa.

—¿Tiene usted motivos, Sr. Alcalde, para presumirla?, preguntéle.

—Tengo seguridad absoluta de ello, me contestó.

—Debemos evitarla.

—Estoy conforme; pero es fácil que el Sr. Coronel no me dé crédito, suponiéndome amigo de los carlistas y enemigo de ustedes.

—Creo que no me equivoco al apreciarle á Vd. como hombre de honor y buen cristiano; así es que estoy dispuesto á contribuir con usted para evitar el desastre, empleando todo mi valimiento con el Coronel.

—Dios nos lo pagará, Sr. Capitán.

—Así lo espero, Sr. Alcalde.

Estudiadas por ambos las condiciones del terreno, vimos la necesidad de que el Coronel ordenase que la vanguardia de la columna, en vez de seguir, como siempre, por la carretera, pasase por el puente de Sumbilla y flanquease las posiciones donde se hallaba oculto el enemigo.

Despedíme del alcalde con un fuerte apretón de manos y trasladéme al alojamiento del Coronel, en cuya habitación nos encerramos largo rato, logrando convencerle de la buena fé del Alcalde, que había presentido yo en su mirada franca y leal. La mayor experiencia de mi jefe, más sesudo y menos impresionable que yo, dió lugar á varias y prudentes observaciones, que tuve la fortuna de contestar satisfactoriamente. Ignoro si el Alcalde trató de evi-

tar igualmente que se vertiera sangre de los carlistas. Lo cierto es que salió la columna con todo género de precauciones y cuando la vanguardia se separó de la carretera para envolver de revés las posiciones ocupadas por el enemigo, este desapareció con su acostumbrada rapidez por los montes cubiertos de bosque y sin lograr la sorpresa proyectada el día anterior en Santesteban.

II

En cambio, otra columna federallesca que se distinguía por las malas condiciones de su jefe, el primero en blasfemar, embriagarse y dar ejemplo de todo linaje de atropellos, pasó algún tiempo después por aquellos mismos pueblos que tanto nos habían auxiliado cuando el Gobierno (?) de Madrid prescindía de todas nuestras necesidades y carecíamos de todo género de recursos, y fué exterminada hasta el extremo de ser precisa la nueva organización del batallón que había constituido su núcleo y cuyo glorioso nombre no merecía ya su antiguo y bien adquirido prestigio.

Verdad es que al poco tiempo del nuevo

mando ejercido por otro jefe enérgico é inteligente, el batallón logró rehabilitarse por completo y ganar laureles en sangrientos combates.

Lo expuesto en este corto capítulo, revela claramente las ventajas de la disciplina militar y la posibilidad en nuestro país de lo que, tras terribles desastres, se llama la *regeneración de España*; empresa muy fácil si sustituimos nuestras ligerezas y criminal pereza por indispensables previsiones y verdadero amor al trabajo.

La tertulia de la Marquesa en Logroño

I

Anciana respetable y rodeada de numerosa familia y de excelentes amigos, que admiraban sus amables virtudes, tan simpáticas como lo fué en otros tiempos su hermosura, era la Marquesa, madre de dos aristocráticas y bellísimas damas, que merecían igualmente la estimación y respeto de todos sus tertulianos de la ciudad y del Ejército, entre los cuales nos contábamos Manolo Otín y yo, siempre que regresábamos á Logroño después de las operaciones que se verificaron en 1874 á 1875.

Las apacibles horas que pasamos en aquella tertulia han quedado grabadas en

mi corazón agradecido y en las siguientes *aleluyas* que conservo, como oro en paño, dentro de un marco que contiene también los *monos* correspondientes y graciosamente dibujados:

«Su carta la recibimos
Y con ella nos reimos.»

«La lectura nos fué grata;
Sobre todo la postdata.»

«En contestar á Honorato
pasa la tertulia un rato.»

«Ocuparse es agradable
en persona tan amable.»

«La letra no hay que envidiar
ni se puede ponderar.»

«Nos parece que Honorato
es mejor que su retrato.»

«Creemos que en esas flores (1)
no olvidará sus amores.» (2)

«En extremo se agradece
las ricas fresas que ofrece.»

«En cambio esta reunión
le dará un gran convitón.»

(1) Aranjuez.

(2) de Villafranca de Navarra.

«Las señoritas de Eulate
le servirán chocolate.»

«Su Excelencia la Marquesa
ricos merengues de fresa.»

«Su hermana la Joaquina
una buena jelatina.»

«La traviesa Marujilla
un chantilly con vainilla.»

«Pilarcita é Isabél
la más delicada miél.»

«Le dará conversación
la Juanita Castejón.»

«Obdulia, con gran maestría
tocará una sinfonía.»

«Y las señoras mayores
harán todas los honores.»

«Su compañero Otín
podrá asistir al festín.»

«Los señores resentidos
se darán por entendidos.»

«Suponemos no sabrá
que Manuela marchó ya.»

«Las damas sin excepción
no tienen disposición.»

«Y excluidos los varones
esta va sin pretensiones.»

«La tertulia reunida
le queda reconocida.»

«Y le devuelve afectuoso
su recuerdo cariñoso.»

II

Las copiadas *aleluyas* me fueron remitidas al Real Sitio de Aranjuez, como contestación oportuna é ingeniosa á una carta mía ofreciendo á la Tertulia de Logroño con mi retrato, un banquete ilustrado con las famosas fresas de aquel ameno sitio. Las *aleluyas* produjeron un efecto gratisimo y extraordinario entre mis amigos y compañeros, sacándose varias copias, que corrieron por tertulias y casinos.

Es de advertir que los nombres de la Marquesa y de sus hijas, *Su Excelencia*, la otra *Marquesa* y *Joaquina*, de *Juanita Castejón* y de *Marujilla*, de las *Señoritas de Eulate*, de *Isabel* y *Pilarcita*, de *Obdulia* y *Manuela*, sonaban agradablemente á muchos de los curiosos lectores.

Había quien las creía de buena fé autoras de la ya realizada Restauración de D. Alfonso XII, según llegó á afirmar en Logroño, á raíz del suceso de Sagunto, el corresponsal de un importante y popular diario de Madrid, amigo del Gobierno, *siempre provisional*, del Duque de la Torre, y que tembló ante la eficaz propaganda de las señoras restauradoras. Es que nada resiste á los encantos é influencia de la mujer.

Un ejemplo al canto:

En plena República federal de 1873 se me ocurrió adquirir en Pamplona un grueso paquete de estampas de Santos para distribuir las en los pueblos de la Ribera y de la Montaña, entre las muchachas de las casas donde me alojaban. El efecto fué prodigioso, pues jamás me faltaron los mejores alojamientos, ni aun en pueblecillos y aldeas tan póbres como Contrasta, en cuyo lugar me sobraron tres casas cuando los hijos del General en Jefe D. Ramón de Nouvilas no encontraban refugio alguno.

Recuerdo que, en Andosilla, me hallaba rodeado de las jóvenes del pueblo pidiéndome estampas de sus respectivos Patronos, cuando acertó á pasar el General de la división D. Fernando Primo de Rivera y Sobremonte, y me preguntó asombrado:

—Pero, Saleta, ¿hace Vd. la guerra á estampazos?

—Sí; mi General, contestéle: así se concluirá mejor que á balazos.

Y así concluyó: con estampas *doradas*.

Al entrar en Elizondo con el General Alvarez Maldonado, trató este de burlarse de mi sistema de guerra, mereciendo que un anciano baztanés me defendiese, diciéndole:—Señor General, en España, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, sólo dominaron, real y efectivamente, los frailes, repartiendo estampas.

Saquen ustedes, lectores míos, la consecuencia, que salta á la vista del más miope, y ustedes no lo son, á Dios gracias. Solo hay un ciego y este es el que no puedo nombrar.

Los caracoles de Allo comidos en el puente de Lerín

I

Las acciones de Allo, Dicastillo y Arellano, en la Solana de Navarra, durante el mes de Agosto de 1873, habían demostrado, una vez más, la importancia real y efectiva de la villa de Lerín, pintorescamente situada en lo alto de un escarpado, dominando el río Ega que, descendiendo desde Estella, entonces la Capital y Corte de los dominios de D. Carlos el VII, se junta en San Adrián al caudaloso Ebro, resultando la necesidad de reconstruir y defender el puente de Lerín; con cuyo motivo situóse la división de la Ribera, á las órdenes del General D. Fernando Primo de Rivera y Sobremonte, en

aquella villa famosa en los fastos de Navarra, á fin de proteger los trabajos admirablemente dirigidos por el Teniente Coronel de Ingenieros D. José Pera y Roy, al frente de las compañías que habíamos combatido en las acciones de Tolosa, Choritoquieta y Puente la Reina y en la batalla de tres días sobre el Montejurra y retirada á Los Arcos.

II

Como médico de dichas compañías, hallábase el Mayor personal y 1.^o del Cuerpo de Sanidad militar D. Benito López Somoza, muy acreditado en la guerra de Cuba y también en Guipúzcoa, en cuya provincia había sido herido curando á otro herido en el campo de batalla. Nacido en Galicia, ostentaba el rasgo característico de Aragón: la más firme constancia, así en las marchas á pié, siempre incansable, como en su afán de no sentir el intenso frío del Norte en invierno, prescindiendo del abrigo ó capote, sustituido por ligero impermeable. Se empeñó en coger caracoles durante las muchas horas que dedicábamos al trabajo, y no hubo reflexiones que le hicieran desistir de su

tenaz empeño de buscarlos por los campos y acequias de Allo, ocupado por los Carlistas, y con evidente exposición de caer prisionero.

Con el fin laudable de hacerle terminar tan peligrosa empresa, le propuse que, en cuanto reuniera doce docenas de caracoles, me los comería de un tirón en un solo almuerzo de los que saboreábamos durante el descanso del mediodía en el puente de Lerín.

Nuestro querido y bravo D. Benito cumplió su palabra de cogerlos, con algunas docenas más, y yo me creí en el deber de cumplir la mía, fijando el día de la prueba ante muchos testigos, entre los cuales se hallaba el bizarro Coronel del Regimiento Lanceros de Sesma (antes y después del Rey), 1.º de Caballería, D. Juan Contreras, el que supo ganar gloriosamente en Treviño una corbata de San Fernando para la fuerza de su mando y que ha llegado digna y ejemplarmente á Teniente General y director del Cuerpo de Inválidos.

Llegó el día de los caracoles, ilustrados con riquísima paella y unas anguilas que las guisó *para él solo* un teniente de mi compañía, cuya afición á los buenos manjares le llegaron á convertir en excelente cocinero, conforme acreditó más tarde en Somorrostro, cuando nos vimos reducidos á

las latosas latas de pescados en conserva.

Establecida la mesa sobre un robusto tronco de roble, cuasi bañado por las aguas del Ega, fueron presentados los caracoles de Allo con toda solemnidad y una fuerte salsa, capaz de levantar en vilo á cualquier cristiano. Todas las miradas de jefes, oficiales y tropa se fijaron en mí, suponiendo que me rendiría antes de llegar á los 144 caracoles. *Por decoro* me manifesté dispuesto á reventar, acompañado de una bota de vino; pero la verdad es que no tuve que hacer el menor esfuerzo para comerme las doce docenas, y seis caracoles más, á fin de que viesen todos los presentes que mi estómago no se hallaba apurado. ¡Quién pudiera repetirlo 25 años después!

Terminado el almuerzo caracolesco con café y unas copitas de licor, encendí un *puro* (por mal nombre) de á tres cuartos, y ocupé mi puesto al frente de mis soldados, elogiando, sin la menor exageración y con estricta justicia, por sus hercúleas fuerzas y amor al trabajo, al obrero Juan Moron, muerto gloriosamente pocos meses después en la sangrienta acción de San Pedro de Abanto, en la tarde del 27 de Marzo de 1874.

Por la noche traté de obsequiar á mi ilustre amigo el doctor D. Benito Lopez Somoza (Inspector de Sanidad militar, después de haber ejercido los importantes cargos de

Médico del Real Cuerpo de Alabarderos y Director del Hospital militar de Zaragoza) con otras copitas en el café-casino de Lerin; pero la sobriedad de nuestro querido médico no le permitió hacer uso de mis repetidas invitaciones.

III

Un telegrama urgente nos hizo salir al amanecer para Alcanadre, donde tomamos el tren para Logroño, Miranda de Ebro y Bóo (Santander), á fin de facilitar el paso del Ejército por las rias de Guriezo y Somorrostro, donde nuestro D. Benito acreditó otra vez su valor y ciencia curando al General Primo de Rivera, herido gravemente en el ataque á las trincheras carlistas, siendo muerto de un balazo el practicante de Ingenieros que acompañaba al doctor López Somoza en tan peligrosa empresa.

En cambio, yo no tuve una sola baja en la fuerza de mi mando, á pesar del fuego de los carlistas, situados á media ladera del Montañó, debido á la dificultad de la puntería á lo largo del río, y á la precaución que tomé de mandar á mis pontoneros que se

hicieran los muertos siempre que llegaba algún proyectil cerca del emplazamiento del puente Birago, para que creyesen los tiradores enemigos que habían dado en el blanco.

Alabemos á Dios por haber dispuesto que *todos* los soldados que se batieron, durante tres años, á mis órdenes, volvieran á ver á sus madres, justamente condecorados por su valor y ejemplar obediencia. ¡Hijos de mi alma! á vosotros debo, después de Dios, la mayor parte de mis ascensos y condecoraciones (1).

(1) Durante toda la campaña del Norte solo tuve algunos heridos leves, que obtuvieron cruces pensionadas. El ejemplar obrero Juan Moron murió en San Pedro de Abanto á las órdenes de mi Teniente D. Enrique Escriu y Folch, herido con otros 4 pontoneros de su sección, encargada de reforzar una batería á vanguardia.

La Semana Santa en Mendilibarri

(ducado de Granada de Ega).

I

En los últimos días de la Cuaresma de 1873, hallándonos en Estella, tuvo noticias nuestro General en Jefe D. Ramón Nouvilas de que las fuerzas carlistas, al mando de D. Antonio Dorregaray, pretendían cerrarnos el paso en el puente de Arquijas, tan disputado durante la guerra de los siete años por el ilustre General D. Tomás de Zumalacarregui á los no menos ilustres Generales de la Reina D. Luis Fernández de Córdova y D. Marcelino Oráa.

Educado el veterano Teniente General Nouvilas en la escuela militar de sus renombrados predecesores y habiéndose distin-

guido en el mismo sitio, siendo capitán, á las órdenes del General Espartero, formó y ejecutó el proyecto de salvar el difícil paso del puente poniéndose bizarramente á la cabeza de la columna flanqueadora y obligando á Dorregaray á ceder todas sus posiciones. Verdad es que tan brillante é inteligente operación no mereció de los *ojalateros* republicanos de Madrid los elogios que había ganado su General, justamente ofendido de tamaña injusticia, como en otras ocasiones habiase ofendido el gran General Zumalacarregui de análogas injusticias de los *ojalateros* carlistas de Oñate. Dios nos libre de todo linaje de murmuradores, tan cursis como contrarios á los suyos, que abundan en todas las guerras, así civiles como internacionales.

El caso es que el General Nouvilas acreditó en aquella ocasión su pericia y llegó, sin perder un hombre, á Zúñiga, continuando por el puerto de Urbizu y por San Vicente, Arana, Ulibarri y Alda, á Contrasta, aldea cubierta de nieve, y recorriendo la Sierra de Urbasa, Eulate, puerto de Artaza, Lezaun, Ibíricu y Abarzuza, para regresar á Estella, el 10 de Abril; saliendo dos horas después para ocupar los pueblecillos de Zubiesqui, Murieta, Mendilibarri y Ancín; y volviendo á Estella para continuar las rapidísimas operaciones que proseguimos en

el valle de Baztán y Guipúzcoa, sin dar descanso al organizador Dorregaray, sujeto á las molestias de su brazo en cabestrillo por la herida que recibió en el Centro.

II

Ocupadas por las tropas las posiciones de los carlistas en el puente de Arquijas, dispuso el General en Jefe que nos alojáramos al oscurecer en los pueblecillos inmediatos, marchando yo con la primera sección de mi compañía á Mendilibarri, grupo de siete casas pegadas á la iglesia parroquial, cuyo respetable Cura nos esperaba en el balcón, diciéndole el Jefe de Estado Mayor D. José Gamir, que iba delante de nosotros á caballo, y *disfrutando* todos de una lluvia que helaba los huesos:

—Señor Cura; aquí le traigo una sección de Ingenieros cuyo Capitán hará buenas migas con usted por su afición á la Iglesia.

—Bien venido sea el Sr. Capitán con todos los suyos, contestó el buen sacerdote, bajando rápidamente la escalera y distribuyendo á mis soldados en las siete casas, á la vez que me ofrecía la suya propia con la **más cordial franqueza y buena voluntad.**

Dándole las gracias, y después de tomadas las debidas precauciones para vigilar el bosque situado á espaldas del caserío, subí la escalera de la casa parroquial y eché un sabroso párrafo con el Cura; quien me aseguró que, dentro de sus ideas y sentimientos carlistas, prefería siempre un católico sincero á todo el ejército de D. Carlos, donde contaba amigos verdaderos, como Radica y D. Carlos Calderón, jefes del segundo batallón navarro.

Habiendo yo referido algunos hechos que honraban la pericia, valor y nobleza de sentimientos de ambos jefes carlistas, el Sr. Cura quedóse entusiasmado y sorprendido de mi sinceridad y amor á la justicia; lo cual me valió una buena cena y varias copitas de anisado, acostándome después tranquilamente en la misma habitación que el día anterior habían ocupado aquellos bizarros jefes.

Al amanecer del día siguiente, oí la Misa rezada por el Sr. Cura, asistiendo todos los soldados francos de servicio; quienes se ofrecieron para armar el Monumento y acompañar al párroco en los oficios divinos propios de la Semana Mayor, ó Santa, los que habían estudiado filosofía y teología en varios Seminarios.

El entusiasmo del Sr. Cura rayó en delirio ante tales ofrecimientos.

Los carpinteros de la compañía dispusieron el Monumento en breve tiempo, mientras uno de los Seminaristas tocaba el armonium y cantaba con otros en el Coro; yo deposité una peseta en la bandeja al adorar la Santa Cruz y todos los soldados me siguieron echando monedas de bronce y llegando á resultar pequeña la bandeja.

Cuando oímos los toques de llamada y tropa, el buen Cura regaló un pellejo de rico vino á la gente, diciéndome al oído: —Son unos Santos y asegure Vd. al Sr. General y al Sr. Jefe de Estado Mayor que yo respondo de que hoy no habrá tiros en el bosque contra la retaguardia de la columna.

En efecto, no hubo un solo tiro al regresar á Estella y después supe que el Cura de Mendilibarri había dicho con noble franqueza á sus amigos Rada y Calderón:

—Prefiero mis alojados del Ejército republicano á vuestros carlistas, porque aquellos no blasfeman nunca, ni se lo consentiría tampoco su Capitán, capaz de medir las espaldas de los blasfemos con el metro que le sirve de bastón.

El Sol de Cirauqui en su ocaso

I

Sol y *Cirauqui* son dos palabras que se dan de bofetadas al unir las.

El Sol, hermoso astro que todo lo ilumina y vivifica. Cirauqui, nombre de un pueblo de Navarra donde se recuerdan escenas lúgubres y sombrías, traiciones y fusilamientos en la guerra de los siete años; horrores y venganzas en la última guerra civil.

Allí estuve dos veces en 1873: cuando fuimos con el General Moriones desde Estella á Puente la Reina, y ocho meses después, al atacar la ermita de Santa Bárbara de Mañeru, valerosamente defendida por Radica y su segundo batallón navarro, y he-

róicamente tomada por el Teniente Coronel Arolas á la cabeza de su batallón cazadores de Ciudad-Rodrigo, los dos cuerpos de infantería que alcanzaron gran renombre en la acción de Puente la Reina y en la batalla de Montejurra, recordando las luchas homéricas de cristianos y moros durante la reconquista de España. Cuantos presenciámos aquellos sangrientos combates, dimos fé á los relatos de nuestra brillante y, para algunos, inverosímil Historia, tan recargada de laureles como de desdichas y horrores, capaces estos de hacernos desear una era de paz, digna del cristianismo que pregonamos y no cumplimos.

Ya llegó la hora de discurrir como Dios manda y anatematizar nuestro espíritu aventurero, siempre dispuesto á la violencia y al desprestigio de nosotros mismos. Nos miramos y no nos vemos. Con ojos tan expresivos resultamos ciegos. Es que no cultivamos el entendimiento, como si no fuese éste una de las potencias del alma.

Sin émbargo, no faltan buenos remeros; pero no abundan los timoneles y la escuadrilla se hunde en todos los mares.

Confiemos en Dios y en la próxima venida de algunos expertos timoneles, para salvar los restos del naufragio y construir con ellos sólidos edificios.

II

Siendo *Sol y Cirauqui* dos palabras que resultan antitéticas, hubo, no obstante, una hermosa dama que logró reunir las por voto unánime de sus muchos adoradores.

Cuantos conocieron al *Sol de Cirauqui* en sus buenos tiempos, aseguran que era una espléndida belleza, capaz de iluminar las negruras de los recuerdos del pueblo donde abrió sus hermosos ojos.

Al verla yo por primera vez, se hallaba ya en su ocaso y no pude menos de compararla con las bellísimas puestas de Sol que tantas veces admiré en los valles y montañas de Navarra, después de haberme extasiado en las orillas del Mediterráneo, allá en la preciosa costa de Barcelona á Blanes, al ver hundirse el astro del día en las aguas cuyos peces pudieron enorgullecerse con las barras de sangre de Cataluña y Aragón.

Iba el Sol de Cirauqui acompañada de dos Hermanas de la Caridad y decíase (quizás maliciosamente) que se valía de la reina de las virtudes para recorrer los dos campos en armas y contribuir eficazmente á la terminación de la guerra civil, herida de muerte por la restauración del rey don Alfonso XII.

Traté de averiguar algo de lo que ocurría en aquellos momentos históricos, aprovechando antiguas relaciones de familia y recordando días de esplendores y felicidades, convertidos en ruinas y desdichas; pero debo confesar ingenuamente que el *sol* me dejó á oscuras.

Cuantos nos miraban desde el otro extremo del extenso comedor de la famosa fonda de Marco en Castejón, se figuraban, en vista de los expresivos ademanes de la antigua beldad de Cirauqui, que había logrado satisfacer mi curiosidad y la suya; pero, terminada la cortés y amable conferencia, tuve que reconocer mi inferioridad y nos habríamos quedado todos en ayunas, si no hubiésemos consolado nuestro pesar con una succulenta comida en la bien provista mesa de la Estación de empalme, muy concurrida en aquella época que podría llamarse de *Pablo el barquero*, pues todos dependíamos de la barcaza del Ebro, diestramente manejada por el célebre Pablo, que tanto dió que hacer durante el mando en jefe del probo General D. Jenaro de Quesada, el vencedor de Miravalles, perfectamente secundado por su Jefe de E. M. G. D. Tomás O'Ryan.

Permitidme, lectores míos, que dedique aquí un recuerdo al barquero Pablo, cuya pericia me permitió pasar el Ebro en fuerte

crecida y trasladarme á caballo á Villafranca de Navarra para satisfacer ánsias del más puro amor, regresando el mismo día á Alfaro para celebrar el Santo de mi difunto compañero el joven Marqués de Grimaldi (q. s. g. h.), digno teniente del bizarro é inteligente Capitán D. Ramón Martí y Padró, cuyas extraordinarias cualidades brillaron en aquellos días con toda eficacia, exponiendo su vida por salvar la de uno de sus pontoneros en el Ebro; página de caridad y gloria que debería perpetuarse, como otras muchas del mismo Capitán, honor del Cuerpo de Ingenieros del Ejército, así en sus trabajos científicos como en los militares, lo mismo en la campaña del Norte de España que en Filipinas, á las órdenes del inolvidable General Moriones; y recientemente en Tortosa, salvando á toda la ciudad de una catástrofe al evitar el hundimiento del monte y castillo de San Juan.

El Teniente Coronel D. Ramón Martí y Padró es la perfecta personificación del Caballero cristiano y español.

Dios le premiará seguramente sus heroicidades y sacrificios, ya que los hombres no podemos hacerlo debidamente.

La jota del inolvidable

Ruperto Ruiz de Velasco

Compositor y literato

I

Murió joven y llorado por cuantos le habíamos conocido y admirado, así en la cátedra de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza, como en la enseñanza del piano y en la acreditada Escuela de Música que fundó con otros compositores de la talla del Maestro de Capilla del Pilar D. Antonio Lozano y D. Elias Villarreal.

En actos tan solemnes como el de la apertura de curso Universitario, se veía siempre á Ruperto Ruiz de Velasco dirigiendo con

entusiasmo la orquesta en el balconcillo del Paraninfo, que prefería al sitio que le correspondía ocupar, con toga y birrete, junto á los demás catedráticos.

Sentía vivamente la música y sabía expresarla á maravilla.

D. Ruperto Ruiz de Velasco y Abad, profesor auxiliar numerario de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad literaria Cesaraugustana, académico correspondiente de la Historia, Individuo de la Comisión de Monumentos históricos y artísticos y Director de la Escuela de Música de Zaragoza, fallecido en esta ciudad á la una de la tarde del 9 de Abril de 1897, había nacido en Calahorra el 27 de Abril de 1858, de suerte que su aprovechada vida apenas llegó á los 39 años.

Cursado el bachillerato en el Seminario é Instituto de Logroño, con la constante nota de sobresaliente en todas las asignaturas, y adquiridas las primeras nociones de música con extraordinario aprovechamiento, como que le permitieron dirigir con aplauso durante dos años la orquesta del Liceo Logroñés, vino á Zaragoza en 1876 para cursar los estudios de la Facultad de Filosofía y Letras, obteniendo siempre las mejores

notas y logrando, á la par, verdadero prestigio musical, hasta el extremo de que en 1882 fué elegido director de orquesta del Teatro Principal. (1) Licenciado y doctor en Letras, obtuvo por Real orden el nombramiento de Catedrático numerario de la Universidad.

Como compositor hizo populares sus cantos y zarzuelas «¡Valiente novio!», «La sorpresa», «Patricia», «De verano», «El premio mayor», «El Trovador de Belchite», «Hernan», polonesas de concierto, gavotas, melodías y muchos bailables coronados por *La Jota aragonesa*, cuyas repetidas ediciones fueron arrebatadas por los pianistas de ambos sexos. Su *Aragón artístico*, publicación literario-musical, logró aclimatarse en Zaragoza.

Como literato produjo, además, gran número de artículos y críticas musicales, publicados en el «Diario Católico» y «Diario de Avisos de Zaragoza», y un *Discurso* doctoral sobre «la influencia de lo real en la producción artística.»

Le conocí dirigiendo la Misa que compuso para sus discípulas, colegialas del acreditado Centro de enseñanza á cargo de las Hermanas de la Caridad Hijas de San Vi-

(1) Para aprovechar las horas y los minutos, Ruperto estudiaba sus lecciones en el Teatro durante los entre-actos y en la concha del apuntador.

cente de Paul, en el Oratorio de la calle de D. Juan de Aragón, haciéndome vislumbrar el cielo por espacio de dos horas que me parecieren minutos.

Dios le habrá concedido la gloria eterna.

II

La Jota aragonesa de Ruperto Ruiz de Velasco, fué artísticamente editada en Zaragoza por Faustino Bernareggi, añadiendo en la tercera edición *algunas palabras del autor*, como oportuno é instructivo preámbulo, seguido de *Cantares* de las dos ediciones anteriores, debidos á los conocidos literatos D. Luis Ram de Viu, Barón de Hervés, D. Luis Royo Villanova, D. Juan Moneva Puyol, D. Julio Martínez Lecha, D. Sixto Celorrio, D. José María Victoria de Iracheta y D. José V. Rubio.

Dedicada á S. A. R. la Serenísima Señora Infanta de España D.^a María Isabel Francisca de Borbón y Borbón, Condesa Viuda de Girgenti, tan justamente amada y respetada de cuantos la conocen y de los muchos artistas que protege y alienta en sus meritorios trabajos y levantadas aspiraciones, la *Jota* de Ruiz de Velasco, copia fiel

de la característica música aragonesa, *con su ritmo alegre y juguetón, con sus cantos sentidos y originalísimos que, encerrando un sello especial de poesía, subyugan y producen efectos deliciosos*, fué aumentada por su autor con el canto cuarto, lleno de poesía y las variaciones que le anteceden; dando al público, además, una idea de sus teorías acerca del origen de esta música, teorías que merecieron la aprobación y el aplauso de dicha augusta señora y de eminentes profesores músicos de Madrid, entre ellos el inolvidable maestro Barbieri, y el Premio correspondiente al tema *Noticias históricas de la Jota Aragonesa* en los Juegos florales de Calatayud, el año 1894.

La Jota Aragonesa y el Zortzico y la Soleá y la Sardana y la Malagueña y la Alborada gallega expresan las diferencias esenciales de las diversas civilizaciones que en nuestra patria se desarrollaron hasta que se constituyó el verdadero carácter español. Sin embargo, en la Jota hay dos tendencias distintas: alegría y tristeza, bizarría guerrera y endecha llena de ternura; lo cual se explica por ser producto de dos civilizaciones opuestas: la celtibera y la árabe, que apropióse con el nombre *Xotah* el antiguo baile varonil y enérgico adoptado por los godos españoles, poniendo además el *canto* como descanso de la danza y como

tributo de implantación en tierra aragonesa con sabor oriental (1).

Unido al ritmo el cantar fueron ambos sufriendo modificaciones esenciales. «La antigua ritmopea en que esta música está basada, dejó, como huella inequívoca, esa movilidad retozona y al mismo tiempo enérgica, varonil, que caracteriza á la Jota aragonesa; y el canto, que al principio debió ser melancólico, al pasar de generación en generación, fué amoldándose á la manera especial de sentir de este pueblo rudo é independiente; y cada localidad hizo en él variantes, dentro de los moldes de su estructura melódica, con las que fué enriqueciéndose esta música. Por eso hoy se presenta tan variada en cantos y por eso todos ellos, aunque parecen distintos, tienen señales inequívocas de ser de la misma procedencia» (2).

(1) Aunque la tradición vulgar sostiene que la *Jota* es árabe y se llama así porque su autor fué un moro desterrado del Emirato de Valencia, apellidado *Aben-Jot*, los sabios Doctores y Catedráticos de lengua árabe D. Francisco Codera y D. Julián Rivera Tarragó, no incluyen al supuesto autor *Jot* entre los miles de nombres de los árabes que se distinguieron en España y que se hallan en los diccionarios de Aben-Pascual, Aben-Alfarabi y el Benalabar. Tampoco Almakari, que cita los músicos más notables, hace mención de tal nombre, ni otro parecido.

(2) *Jota Aragonesa*, por R. Ruíz de Velasco. (Segunda edición). Zaragoza.—F. Bernareggi.—4 ptas.

Inserto á continuación un cantar de cada uno de los poetas nombrados:

Le dices, maña, á tu madre
si tanta prisa le corre,
que pienso dir al altar,
pero no dir á empentones.

Sixto Celorrio.
(1.ª edición.)

Mi palabra es como el río
que corre al mar presuroso;
ni el río se vuelve atrás,
ni mi palabra tampoco.

Luis Ram de Viu.

Reniego de las mujeres
que traen el pecho desnudo;
árbol que no cubren hojas
ni da sombra ni da fruto.

Juan Monera Puyol.

Asómate á la ventana,
asómate, vida mía,
para que, al venir el sol,
se encuentre que ya es de día.

Luis Royo Villanova.

Si soy probe, ten pacencia;
agora, huerto y corral;
dempués, alfalce y granero;
luego, sala prencipal.

Julio Martínez Lecha.

Yo quisiera tu querer
poquico á poco, morena;
que si llueve menudico
coge más agua la tierra.

Sixto Celorio.
(2.ª edición).

No puedo cantar la jota
sin lágrimas en los ojos;
desde que tu me olvidaste
hasta cantándola lloro.

J. M. Victoria de Iracheta.

A la Virgen del Pilar
una misa le ofrecí,
para que tu me quisieras
como yo te quiero á ti.

José V. Rubio.

Todo te parece poco;
tienes mucho y quieres más;
ahora te falta la tierra
y luego te sobraré.

El barón de Hervés.

Con decir que la música de Ruperto era digna de los anteriores cantares, creó haber expresado el mayor de los elogios que tributo á la memoria de mi inolvidable amigo y compositor, tan justamente popular en Aragón.

El milagro de la Virgen

I

Hijo de padre sumamente religioso y de madre devotísima, amantes ambos de la Virgen María, cuya capilla dedicada al culto de la Purísima en la iglesia parroquial del pueblo (1) era antiguo patronato de mi familia y fué convertida en brillante áscua de oro al celebrarse la solemne é inolvidable fiesta de la declaración dogmática de la Inmaculada, por el Papa Pío IX, cuando yo era niño, no es fácil que os exprese con mi dura y tosca pluma los sentimientos que me hicieron verter lágrimas de vida interior al postrarme por primera vez ante la imagen de la Virgen Santísima del Pilar, en Sep-

(1) La villa de Calella, en la provincia de Barcelona.

tiembre de 1870, cuando pasé por Zaragoza con mi batallón y compañía, después de correr sérios peligros por mar y por tierra, durante la insurrección que nos hizo salir de Madrid para Valencia, Tarragona, Barcelona y Gracia, cuyas barricadas habíamos tomado al desembarcar del vapor de guerra *León*, después de correr fuerte temporal en el Mediterráneo.

Entonces pedile fervorosamente á la Virgen Madre me concediera la gracia de inspirarme siempre en su amor para no faltar á mis deberes en aquella dificilísima época, y volver á sus plantas sano de alma y cuerpo.

La tiernísima mirada que creí descubrir en los ojos de la milagrosa imagen, desde la verja de plata que cierra sus espléndidos altares, dióme valor y confianza en la divina protección, como me los ha seguido dando en los durísimos trances sufridos por espacio de 28 años.

II

Así en los peligros de todas clases que rodean en Madrid á la juventud inexperta é impresionable con demasía, como en otros análogos que me rodearon en Barcelona, y

en los viajes particulares y en las expediciones militares que hice, antes y después de la campaña de 1873 á 1876, jamás me faltó la visible protección de la Virgen del Pilar, cuya bendita medalla no se separa de mí y cuya devoción no he olvidado un solo día.

En los de prueba que todos pasamos y que para mí fueron muchos y muy diversos, siempre hallé consuelos y esperanzas en la Madre de Dios, especialmente cuando murió santamente la mía. Entonces vi de cerca todas las ventajas morales de una muerte serena y tranquila, fin natural de una vida virtuosa y ejemplar, y principio de otra vida eterna.

Cuando tuve la dicha de ser marido de la elegida de mi corazón y padre de siete hijos, sentí las inexplicables felicidades de la oración en familia y me extasié ante el rezo de la *Salve* por vocecitas tiernas, mezcladas con otras dulces y alguna vigorosa y resuelta.

Al sufrir desdenes, atropellos, é injusticias, acudí á la santa y angélica capilla, agarrándome con fuerza en la verja de plata, con los ojos fijos en la imagen de la Virgen del Pilar, sin que jamás me faltasen los consuelos necesarios.

En los muchos combates donde me ví rodeado de muertos y heridos, bajo la impre-

ón del constante silbido de las balas de todos calibres, con acompañamiento del fuerte zumbido de enormes bombas nocturnas, que milagrosamente no hundieron la débil casa donde me hallaba alojado en San Julián de Musques, la Patrona de la tropa aragonesa me sostuvo firme y animoso, venciendo el miedo propio de todos los que no ignoran el peligro que están pasando.

Llegó un día, frío y lluvioso, desde cuyo oscurísimo amanecer necesité toda la protección de nuestra Madre y Señora para salir avante, logrando salvar el honor y las vidas de los soldados que me estaban confiados.

Una sencilla y concisa relación del suceso bastará para probar al lector que debo desde entonces una gratitud sin límites á la Virgen María.

III

Al sonar las doce de la noche del 12 de Abril de 1874 en el reloj de San Julián de Musques, cuyas casas se extienden en la orilla izquierda de la ría de Somorrostro, el centinela del puente militar Birago oyó un crujido espantoso y se metió en una caseta inmediata, guareciéndose de la abundante

lluvia que inundó las calles y los campos que separaban á nuestro ejército del carlista, admirablemente atrincherado en el Montañó y Serantes.

Cuando amaneció vi con sorpresa que una fuerte y repentina crecida de la ría, coincidiendo con una marea viva, había arrancado de cuajo tres tramos del puente y los había depositado intactos en el recodo del Montañó, bajo las posiciones del enemigo.

Me faltó tiempo para dar parte al veterano y bizarro Comandante General de Ingenieros D. Joaquín Montenegro y Guitart, quien dispuso que formase la compañía de Pontoneros de mi mando para rescatar el material *á toda costa*. Dí las órdenes convenientes y esperé el momento de morir con todos mis soldados *para salvar el honor del cuerpo*, según frase del citado General, que era la personificación más exacta de las Ordenanzas, como se entendían antaño.

Mientras esperaba el momento del sacrificio, pues era seguro el morir sin el menor éxito útil, me encomendé á la Virgen Santísima del Pilar, seguro de que acabaríamos bien en la loca empresa ordenada.

En efecto: al bajar los últimos peldaños de la escalera de la casa del Sr. de la Sota, tropecé con un embozado que preguntaba por mí. Respondile y resultó ser el Teniente

General Jefe de Estado Mayor del Duque de la Torre, D. José López Domínguez, quien me preguntó con su acostumbrada finura:

—¿Crée Vd. que es posible satisfacer cumplidamente los heroicos deseos del bravo General Montenegro?

—Creo, mi General, que este es uno de los casos que no admiten discusión para el que ha de sacrificarse.

—Está muy bien, Sr. Capitán; pero yo vengo á preguntar al hombre de estudios y no al militar obediente y que siempre está dispuesto á cumplir con su deber, cueste lo que cueste.

—Pues en este caso, debo añadir que moriremos sin lograr el bizarro propósito del General Montenegro, dada la inundación del terreno y los fuegos de los carlistas.

—Esto es lo que necesitaba saber de usted, que discurre exactamente lo mismo que el General en Jefe y su Jefe de Estado Mayor. Adiós y silencio.

—A la orden de V. E., mi General.

Cuando me hallaba en el alojamiento del General Montenegro para darle parte de que mi Compañía estaba formada y dispuesta á todo, llegó una pareja de caballería con un pliego urgentísimo del General en Jefe, disponiendo que se suspendiera la operación hasta nueva orden.

Dos días después, otra fuerte crecida arrancó los tramos del puente del recodo del Montañón y los arrastró hasta la desembocadura de la ría de Somorrostro en el mar Cantábrico, dando lugar á que mi Compañía se trasladase á Poveña y, bajo la protección del Batallón Cazadores de las Navas, mandado por sus difuntos y bravos jefes D. Antonio Losada Correa y D. Alvaro Serrano, pudiese recobrar todo el material de puentes que se nos había entregado en Logroño. El mismo General Montenegro, en nombre del Duque de la Torre, dió una orden muy satisfactoria para mi Compañía y ascendió sobre la ría al Cabo D. Gregorio Blanco, por haberla atravesado á nado para atar un cable á los pontones, que reco- bramamos en medio del vivísimo fuego de los carlistas, siendo condecorados varios obre- ros, clases y soldados de pontoneros que contribuyeron eficazmente al completo éxi- to de la jornada.

Sin perder un solo hombre, entregué el material de puentes en Castro-Urdiales pa- ra transportarlo á Santander y después á Logroño y Cenicero, á fin de contribuir á la recuperación de la plaza de La Guardia.

Claro es que me faltó tiempo para mani- festar mi gratitud á la Virgen del Pilar, que tan suavemente había logrado, con su pode- rosa intercesión, el milagroso éxito obtenido.

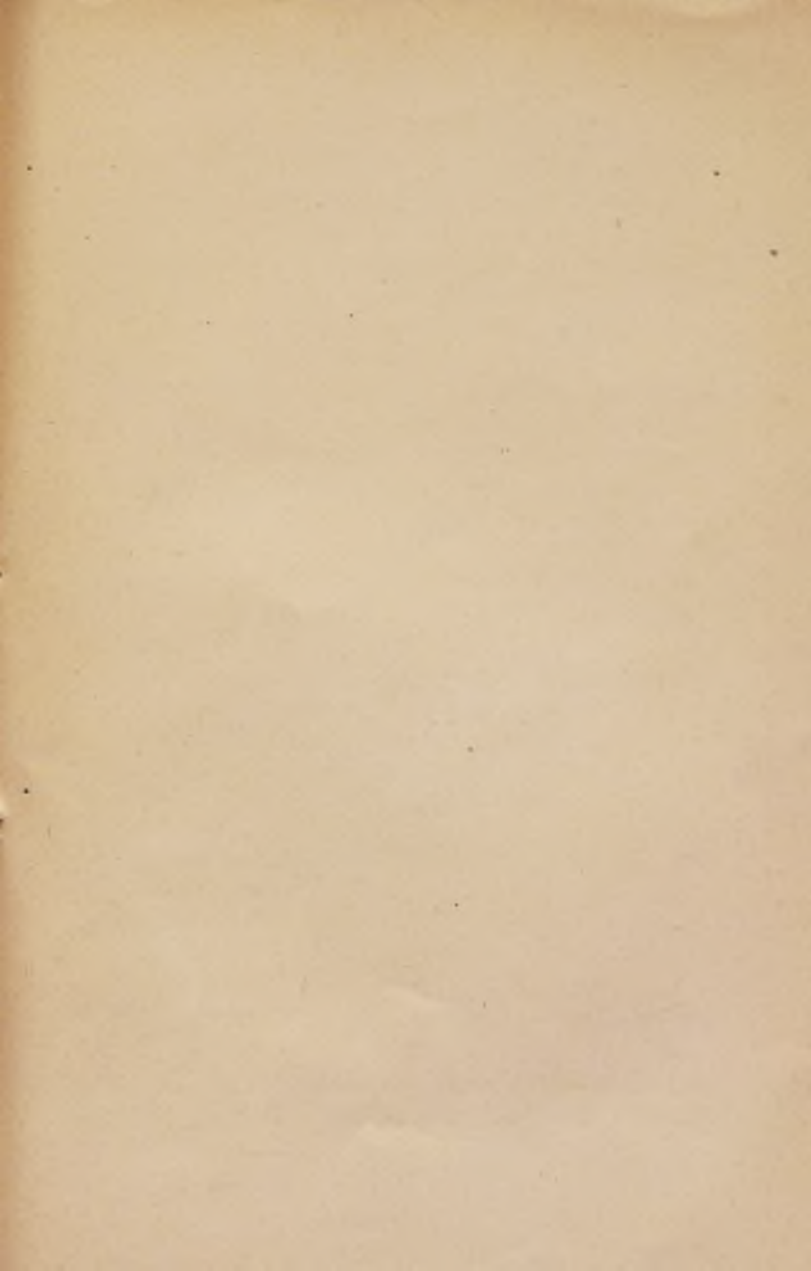
Quien atribuya todo lo relatado á causas naturales, será un sabio naturalista, pero no le envidio su árida sabiduría.

Prefiero mil veces atribuirlo á la Virgen del Pilar, ante cuya milagrosa imágen me postré nuevamente, después de terminada la guerra, y cuando me dirigía á la casa materna, doblemente animado por la visita á la Virgen en su Santa Capilla y por la jota aragonesa que había visto bailar y oído cantar á dos niñas de pocos años en el andén de la estación del Norte en Zaragoza.

Cuando llegué á mi pueblo y me vi en los brazos de mi madre, parecióme que esta santa mujer, fallecida algunos años después, era la misma Virgen del Pilar que había intercedido con Dios para que regresase sano de alma y cuerpo á la antigua casa solariega.

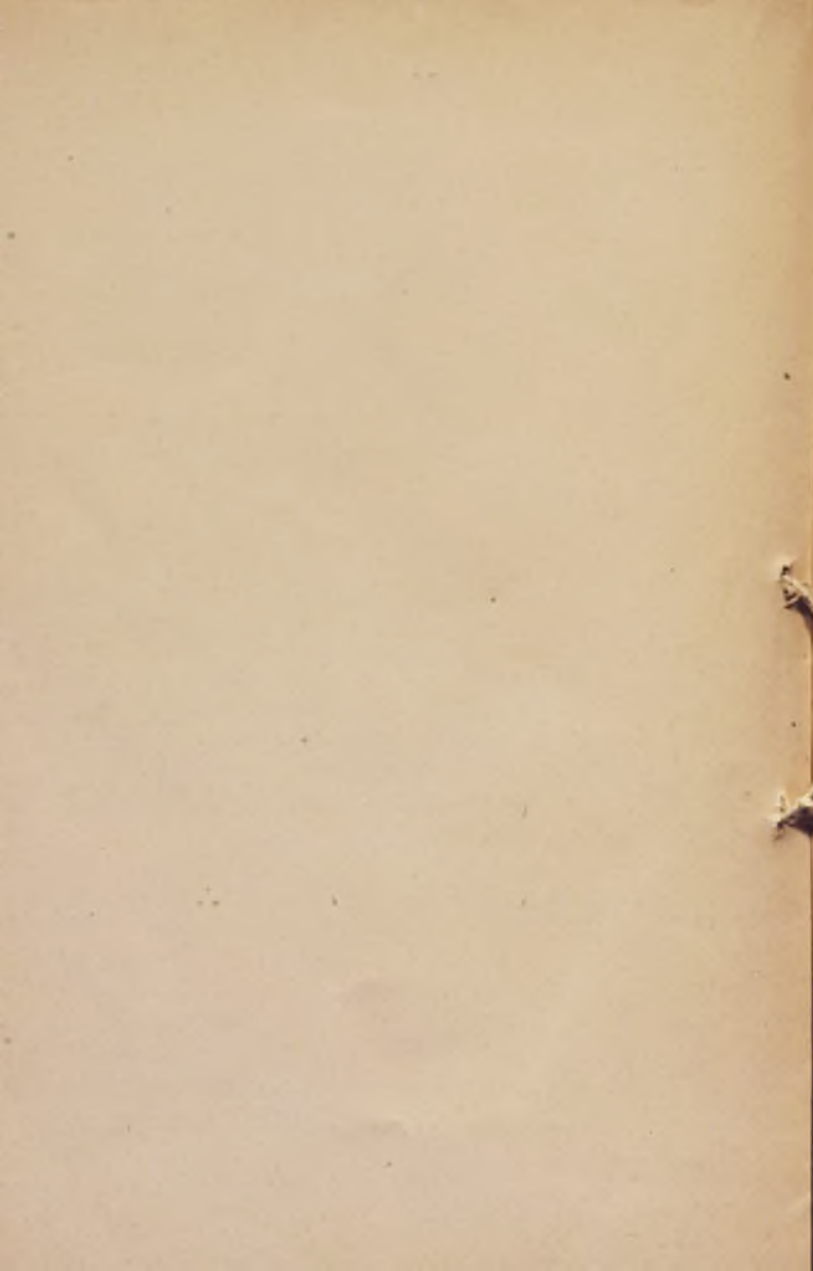
¡Loado sea Dios y bendita sea su Santísima Madre!

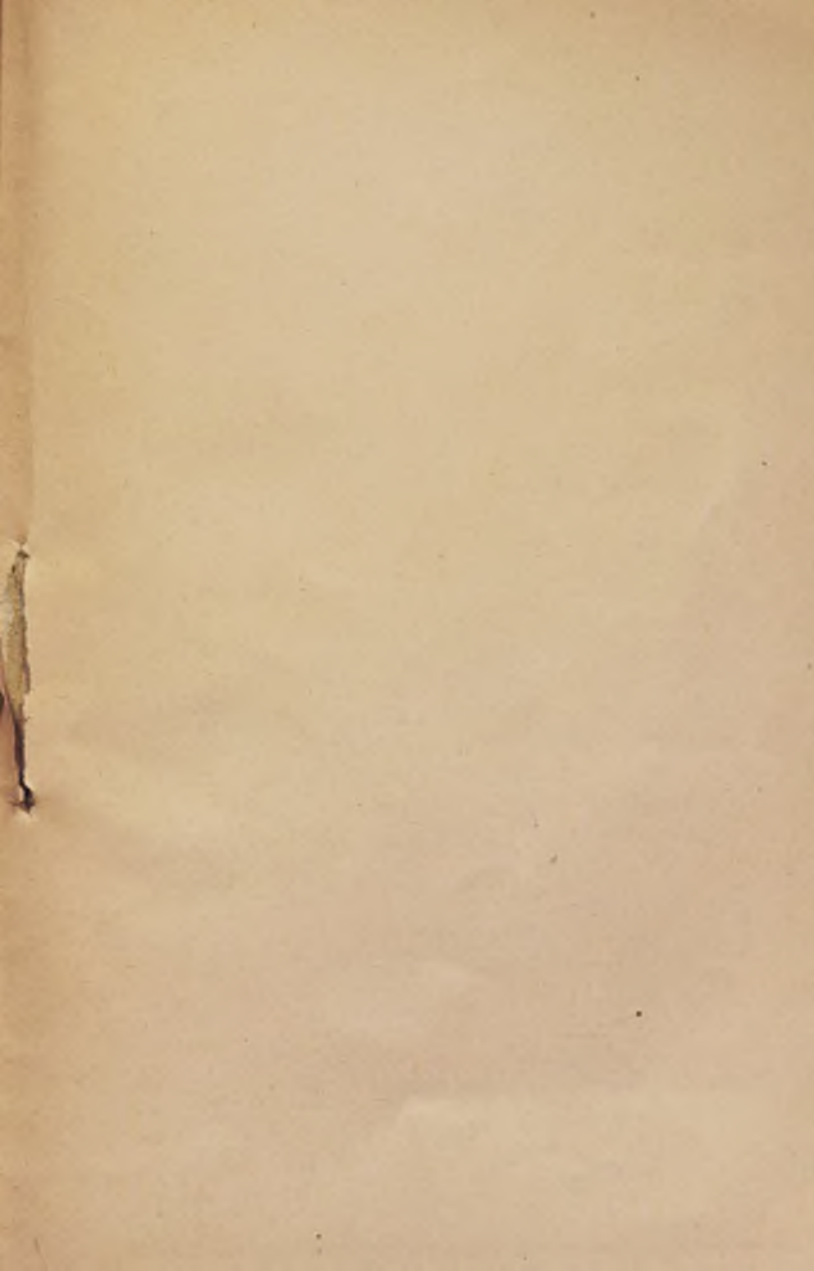




ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
I.—La guerra de 1873 á 1876 en el Norte de España.....	7
II.—El trompeta Juan Pérez.....	15
III.—El Cura de Sumbilla.....	24
IV.—El Alcalde de Santesteban.....	31
V.—La tertulia de la Marquesa en Logroño.....	36
VI.—Los caracoles de Allo comidos en el puente de Lerín.....	42
VII.—La Semana Santa de 1873 en Mendilibarri (Ducado de Granada de Ega).	48
VIII.—El Sol de Cirauqui en su ocaso.....	53
IX.—La jota del inolvidable Ruperto Ruíz de Velasco, compositor y literato...	58
X.—El milagro de la Virgen.....	67





3

Obras publicadas por el mismo autor.

<i>Compendio de la Historia de España</i>	en	1870
Tomo I.—Asia.....		1872
Tomo II.—Africa.....		1872
Tomo III.—Europa.....		1878
Tomo IV.—América y Oceanía.....		1878
<i>Lecciones de Aritmética</i> .—Tres ediciones.—1872, 1878 y		1879
Tomo I.—Agricultura y Armas.....		1881
Tomo II.—Agricultura y Letras.....		1888
Tomo III.—Agricultura y Estadística.....		1888
Tomo IV.—Agricultura y Bibliografía.....		1889
Tomo V.—Catecismo del militar español y soldados cfebres.....		1890
Tomo VI.—Glorias cíclico-militares del cuerpo de Ingenieros del Ejército.....		1890
Tomo VII.—Historia del Regimiento de Pontoneros.....		1893
Tomo VIII.—Una campaña periódica de diez años.....	1885 d	1895
Tomo IX.—En el Pilar de Zaragoza (nuestro puerto de refugio).....		1895
<i>Propaganda española</i> Tomo X.—La Masonería en España y Ultramar.....		1897
Tomo XI.—Las Misiones españolas en Ultramar.....		1898
Tomo XII.—Las dos Granadas (cristiana y árabe).....		1898
Tomo XIII.—De Granada a Burgos por Madrid y Villafranca de Navarra (1.261 kil.).....		1898
Tomo XIV.—La guerra de España en Oriente y Occidente.....		1898
Tomo XV.—Escenas ribereñas: las jotas aragonesa y navarra á orillas del Ebro, Arga, Ega y Aragón.....		1898
Tomo XVI.—Recuerdos de la infancia.....		en prensa).
Tomo XVII.—Españoles que trabajan y españoles que huelgan (en prensa).		

NOTA.—Su Santidad el Papa León XIII se dignó conceder al autor la Apostólica Bencidión por la Historia Universal, recompensada por S. M. el Rey D. Alfonso XII (q. s. g. h.) con la encomienda de Carlos III, libre de gastos.